

Línea 2016



SANTANDER  
2016 CANDIDATA CAPITAL  
EUROPEA DE LA CULTURA

ALBERTO  
SANTAMARÍA  
**CENTRIFUGADOS**



**Edita:** Fundación Santander 2016  
**Dirección de la colección:** Marcos Díez Manrique  
**Autor:** Alberto Santamaría  
**Diseño y maquetación:** Jesús Vázquez Comunicación  
**Ilustraciones:** Fernando Navarro Vejo  
**Impresión:** Artes Gráficas Campher  
**Deposito legal:** 400



[www.santander2016.eu](http://www.santander2016.eu)



# ALBERTO SANTAMARÍA

Torrelavega, 1976

Actualmente es profesor en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Salamanca. Poeta, cultiva también el ensayo y la novela. Se podría decir que en sus poesías hay novelas escondidas y que sus novelas están plagadas de poemas. Es autor de los siguientes libros de poesía: "El orden del mundo" (Renacimiento, 2003, Premio Surcos), "El hombre que salió de la tarta" (DVD ediciones, 2004), "Notas de verano sobre ficciones del invierno" (Visor, 2005) y "Pequeños círculos" (DVD ediciones, 2009). Ha publicado los ensayos "El idilio americano. Ensayos sobre la estética de lo sublime" (Universidad de Salamanca, 2005) y "El poema envenenado. Tentativas sobre estética y poética" (Pre-Textos, 2008, Premio Internacional de Crítica Literaria Amado Alonso). Recientemente ha publicado la novela "B" (El Desvelo ediciones).

## CENTRIFUGADOS

Entras das un portazo te detienes ante la lavadora  
 mientras sigo oyendo la cadencia lenta desnuda del  
 portazo  
 tus pasos son huecos apenas se dejan oír entre el  
 olor  
 de las uvas que compré esa mañana en el mercado  
 luego dices hablas y desaparezco poco a poco  
 dices que ya no que se ha acabado y que estás harto  
 y cada vez me adelgazo más entre el ruido de la  
 lavadora  
 que centrifuga centrifuga en el interior tus  
 calzoncillos  
 y mis bragas voltean ajenos alegres a cualquier grieta  
 del tiempo  
 me gusta pienso y él habla dice ya no nos  
 necesitamos  
 te quiero pero ya no me dice y su ropa y la mía  
 gira choca  
 disimula y sé que es lo único lo último que me queda  
 y me alegro recogió sus cosas pero di algo me dice  
 levanto los ojos y sonrío se va da otro portazo

la ropa gira enamorada con la tranquilidad del miedo.

(De *El orden del mundo*, Renacimiento, 2003)

## ADORACIÓN DEL VERANO

(Escena Segunda):

*Lo había leído en Platón (República VI) y en la leche solar*

Dijo “qué olor el de tus manos  
 al ponerte protección”, y luego,  
 “tus brazos, tus ojos escondidos  
 tras las gafas negras, tus labios  
 al masticar el frigo, tu cuerpo  
 enrojecido y exacto sobre la toalla,  
 todo eso me hace pensar, amigo,  
 en la irreflexión que lleva a la muerte  
 –lo había leído en Esquilo–”. Todo eso  
 me hace pensar, dice, y había leído  
 en la blanquísima luz del verano aquello  
 de la arquitectura del sol como idea del bien,  
 lo había leído, y observaba ahora los cuerpos aceitosos,  
 extraños e idénticos cada verano,  
 perfectos, -a qué engañarnos- hundiendo los pies en la  
 arena  
 huyendo del sol a medias, del bien –tendidos–  
 “humedecida el alma por la mirada prendida  
 de un cuerpo dudoso a sus diecisiete años”.

“Qué olor –dijo– el de tus hombros

al ponerte protección, qué olor el de tus límites  
 contra mi cuerpo. Me gustas porque odias el bien  
 sobre la tierra y extiendes por tus pechos el sabor  
 a ron y arena de tus pecados”.

Dijo “qué sentido el sol  
 más allá de la forma, qué sentido el bien  
 en la derrota de los años.  
 A Platón –amigo– sólo lo escucho en la cama”.

## NUNCA CONOCÍ A JESSE

*y qué hacías jesse, con los pies fríos, leyendo  
 a hegel en el puerto de san francisco.*

A.S.

y qué hacías jesse en mitad del desierto  
 leyendo a keats mientras la arena sumergía a los  
 gatos  
 en el más profundo silencio de las dunas. jamesville  
 no es un lugar para la poesía, jamás, aunque sabes  
 que de esa tierra brota el olor del pasado. la huida.  
 el revolver perdido en la maleta, bajo el imperio de  
 la ropa  
 que ya no es tuya. y qué hacías, jesse, qué hacías. él  
 estaba dormido  
 en el asiento de atrás y sobre tus labios aún  
 permanecía  
 un lejano sabor a pomelo. dime jesse, qué hacías.  
 ¿por qué no estabas solo? ¿por qué vivías aún de  
 la miseria y de los pájaros? ¿por qué? ¿por qué ese  
 irreal destino de las cosas? dime, jesse –auriga  
 terrible del deseo– dime, de cuántos viejos has  
 vivido, cuánto tiempo, bajo qué sudor has sido  
 condenado de aquí a jamesville, de cadiz a virginia,  
 qué error o qué virtud, qué sal o qué nada dibuja

tu sombra y te empuja bajo los árboles,  
perdido ya el don de los años.  
jamesville no es un lugar para los gatos.

qué sol este mayo.

qué sabor terrible, jesse, el de los cuerpos callados.

## EL HOMBRE DE LOS DARDOS

*porque media un tiempo distinto entre lo hermoso y lo normal*  
Andy Warhol

El gran lanzador de dardos  
encoge su brazo derecho,  
a la altura del oído las plumillas del dardo  
aletean cerca de su piel. Un susurro breve.  
Le gusta. Ya conoce esa sensación.  
Reconoce en ella la primera caricia  
de Tajta al amanecer sobre las sábanas,  
el beso antes del pan y la naranja.  
Por su cabeza pasa el rumor de las voces,  
el estaño envejecido de las vigas,  
alguna palabra suelta, envenenada  
en un idioma que desconoce. Lejano,  
un olor familiar descendiendo hasta sus límites.  
Es precisa su colocación, tal como le enseñó  
su maestro Schöner en la lejana Baviera.  
–Todo el mundo espera grandes cosas de su gesto–  
Ligeramente el pie izquierdo adelantado,  
los ojos afilados, alerta sobre el difuminado  
círculo rojo. Achina sus párpados, enflaquece  
su sentido del caos durante un instante, casi puede  
tocar con el iris el paisaje desigual de la diana.

La puntería es una forma del orden y del tiempo  
 –dice alguien en el diario deportivo– pero yo me quedo  
 con la forma a secas, con la suave  
 posición de sus pies.  
 Con el dardo atrapado así entre  
 pulgar,  
 índice  
 y corazón,  
 un instante antes de ser orden y tiempo,  
 es casi una forma simbólica –diría Cassirer–.

Su disposición en el espacio  
 bien puede pasar a la historia.  
 Es simétrica su elegancia y su fuerza. Sobre su traje  
 blanco y raso luce esbelto  
 la dureza ocre de sus pecados. Es una forma  
 arcaica y francesa de contemplar un mirlo  
 antes de su vuelo. (Qué pena que no esté Sara  
 para hacer una fotografía –alguien piensa junto al  
 dardo–).  
 Que no lance, que sea así para siempre  
 –pide otro  
 ante esta sensual pureza de las formas.

Sin embargo, poco importarán las voces ya,  
 y el lejano sabor a Tajta, ante la inminente

figura –mediocre y vulgar– del hombre  
 que observa la punzada inútil del acero sobre el  
 corcho.

Nada importa ese hombre que mira una vez que  
 lanza.

Es uno más que espera  
 junto a la diana.

Sin estilo no hay lugares –reza un slogan–,  
 no hay formas, ni poemas ni mundos. Sin estilo no  
 hay mitología.

Y el sabía ya –se lo había dicho su maestro Schöner–  
 que todo cambio de estilo es un cambio de rostro.

Recuerda entonces a Wallace:

“que sea –al fin– el triunfo de la apariencia”.

(coda)

–No lo he dicho, pero en su mano izquierda,  
 inmóvil permanecía una copa fina y alta de vino–.

Después de lanzar

a nadie le interesa ya la perfección de su estilo.

Pero

¿qué vino bebe el hombre de los dardos?

(De *El hombre que salió de la tarta*, DVD ediciones, 2004)

## EL DÍA QUE MURIÓ JOEY RAMONÉ

(Ellas-Barbacoa: 21 hombres miran)

*La hermosura es paciencia*

Luis Cernuda

*Believe in miracles / 'cause I'm one*

Ramones

Cada tarde  
 el rumor de una radio envenena el río.  
 Veinte hombres descienden  
 en busca de rubios tesoros  
 entre malezas, astillan su carne afeitada,  
 esperan su momento, aman su voz  
 entre las ramas; ellas, solas, conocen  
 el delito de saberse amadas. ¿Qué justicia no habrá  
 en un sueño de blancas mujeres calladas?  
 En la radio la quiniela  
 es sudor de azar,  
 carne,  
 aritmética. Voces  
 que se enredan en lo alto  
 y llegan lejos y dicen nombres,  
 palabras, hojas.  
 Alguien, una de ellas,

regresa pisando suavemente  
 huellas y troncos. Es domingo.  
 Trae pan y pescado, lo eleva  
 y el olor prende en círculo  
 su misterio. Hacen del coche  
 un altar improvisado.  
 Veinte hombres observan:  
 sus ojos abiertos,  
 su respiración entrecortada.  
 Pan y pescado frito;  
 sus labios brillan, húmedos  
 y grasientos, y al hablar  
 mueven sus hombros,  
 danzan sus manos  
 anilladas en aroma de vainilla.  
 Las escamas arden, y alguien,  
 en un gracioso gesto, lanza  
 el pescado crudo contra el fuego.  
 Ellas conocen el secreto.  
 "¡Qué asco!", dice una  
 ante la brillante cola de un pez.  
 Su aliento traza un delicioso enigma,  
 y su piel se enreda alrededor del ombligo.  
 Otra, delicadamente,  
 reparte un terrible zumo de limón.  
 Y a veces (detenida su mirada en la copa

de algún árbol)  
 sus cuerpos golpean la tierra,  
 y sus pies –ya sin sandalias–  
 dibujan mapas entre las hojas.

El viento trae aquí  
 armonía de ruido de cubiertos;  
 más allá, sus vestidos arderán  
 colgados en hilera.

Veinte hombres miran, escondidos.  
 El olor a pescado les abre el apetito  
 mientras la radio nombra el eco lejano  
 de otro país, donde tal vez –piensan–,  
 alguien, sin más, coma pan y pescado  
 junto al río.

Tienen hambre. Es normal  
 después de cuatro horas.

Su vientre lame con fuerza  
 su deseo. ¿Quién puede más?

El pico de un pájaro,  
 el chapoteo de una trucha son señales  
 para su corazón incierto.

Ellas, entre finas risas,  
 hablan de hombres que miran,  
 mojan sus pies,  
 hunden sus tobillos tatuados,  
 salpican su alma en camiseta.

Así danza el tiempo alrededor  
 de sus palabras. Alguien  
 sube el volumen de la radio. Bailan.

*I believe in miracles*

Ellos, en sus ramas, fascinados  
 saborean su destino, susurran  
 levemente su deseo, se apartan  
 el sudor con la palma de la mano,  
 inquietos  
 esperan a que llegue la noche.  
 Ellos creen en milagros.  
 Ellos *creen* en milagros.  
 ¿Qué justicia no habrá  
 en el temblor de sus cuerpos callados?

La tarde dibuja así eterna  
 en su frente  
 olor a vainilla y pescado.

Es domingo, de nuevo,  
 y entre las hojas  
 un sonámbulo brillo en sus dedos  
 nos deslumbra.  
 Son ellas,

muchachas / bailando o fumando,  
muchachas / fumando o bailando.  
Es domingo y la mesa tiembla ahora  
como mis labios  
ya morados  
al tercer vaso de vino.

Yo también, Joey, creo en los milagros.

(De *Notas de verano sobre ficciones del invierno*, Visor, 2005)

## EL SONIDO DEL CHAMPÁN

Nos hemos sentado en la única mesa libre del restaurante, y sin embargo sigo imaginando que todo esto no es más que otra pegajosa forma de eso que llamamos realidad, con sus letras grandes y naranjas, con su disciplinado sentido del amor y la costumbre, con sus batas y sus quitanieves, con su música de erizo, con sus etiquetas patrióticas sobre las latas de albóndigas. Pronto vendrá el camarero. Es difícil volver a lo que ya conocíamos pero demasiado fácil acostumbrarse a ello. Era la época en la que vivías en un séptimo piso cuando tu vecina, una vieja gorda con aliento a algas podridas, se lanzó por la ventana dejando una estela gris de paloma en el aire. Durante días tuve en la cabeza el sonido gaseoso de su cuerpo al chocar contra el suelo. Me despertaba en mitad de la noche con ese sonido seco y doloroso como una botella de champán barato al ser abierta. Era una serpiente que volvía, regresaba, se enroscaba sin principio ni fin. Y se repetía una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez en medio del océano donde me encontraste.

—¿Quién probará el vino esta noche, señores?

# ANÉCDOTA DEL HOTEL

No hay teoremas para esto.

Quizá ni siquiera haya gasolina suficiente para la vuelta.

Donde hay espejos es inevitable la vida.

(De *Pequeños círculos*, DVD ediciones, 2009)